
DOS POEMAS

EDUARDO MITRE

EN ALTO VUELO

A José Monleón

Sereno el curso de la nave.
Piel intacta el espacio
como si nada ni nadie
estuviera pasando.

Por la ventanilla:
el blanco mar de las nubes,
su silencio oleaje,
cada vez más lejano.
Mientras la miro
sé que ya no hay viajes
sino apenas traslados.
Sé que atrás no está Ítaca
ni adelante El Dorado,
sólo puertas de desembarque
o de tránsito: puertos,
ciudades
cada vez más semejantes,
destinaciones que no son
nuestro destino
que es del olvido.

Hermanado en lo alto
a tantas vidas pasajeras,
ni Ícaro ni Altazor,
escribo a flor de tierra,
con la entereza
de quien ejercita
una solitaria
y vana humildad.

Escribo en esta nave
que al llevarnos nos deja
otra prueba irrefutable
de nuestra fugacidad.

CIELO

No más morada de Zeus
ni imagen inversa
del cóncavo infierno
que frecuenta esta tierra.

Saco sin fondo, puerta
para llamar al infinito
(¿y perder, sin darnos cuenta,
otra vez, el Paraíso?).

Bocamina del universo,
ya palpamos su caverna
y encendemos fuego en ella
como aquí hace milenios.

Sobre el techo de nubes,
ya el alba y el ocaso
prodigiosamente unen
regios pájaros metálicos.

Luna, Marte, Venus: Islas
de paso en esta Odisea.
¿Quién anunciará: ¡Vida!
como el que ayer gritó: ¡Tierra!?
¿Y en qué única lengua?
Oigo al vecino y me asalta
una futura nostalgia
de esta insólita Babelia.

Me desgarras y destierra
lo que leo en esos signos.
Aun cuando aquí sea
nuestra Ítaca el olvido. ◀